



miércoles 3 de diciembre de 2003

Opinión - Colaboraciones

## *Diálogo euromediterráneo*

Por CHRIS PATTEN. Comisario europeo de Relaciones Exteriores

JEAN Monnet, padre de la integración europea, concluye sus memorias diciendo que «la Comunidad creada no era un fin en sí mismo, sino sólo una etapa hacia la organización del mundo del mañana».

Para Europa y sus socios mediterráneos, que hoy debaten en Nápoles el futuro de su relación reuniéndose por última vez antes de la histórica ampliación de la Unión Europea, estas palabras tienen una resonancia especial. El Proceso de Barcelona sigue siendo tan crucial para nuestras necesidades y aspiraciones como cuando se lanzó en 1995. Sigue siendo el mejor marco multilateral para tratar la inestabilidad y la diversidad del Mediterráneo, reuniendo en torno a la misma mesa a países que de lo contrario no se encontrarían.

También es verdad que la ampliación de la Unión Europea nos impone nuevas obligaciones. Algunos países de la región temen que nuestra expansión cree nuevas líneas divisorias, en detrimento de las relaciones euromediterráneas. Nosotros, por el contrario, creemos que la ampliación se traducirá en una renovada contribución europea a la paz, la estabilidad y la prosperidad a lo largo de las fronteras comunes. Por primera vez, la Unión Europea ha decidido considerar a sus socios mediterráneos en pie de igualdad con los países limítrofes de Europa Oriental. La voluntad de reforma política y económica de nuestros vecinos, tanto mediterráneos como de Europa Oriental, determinará cuánto se beneficiará cada uno de ellos de las nuevas posibilidades que ofrecerá la ampliación.

No obstante, no nos hacemos ilusiones sobre la magnitud de los desafíos que nos esperan. La crisis de Irak, el estancamiento del proceso de paz en Oriente Medio y los recientes ataques terroristas en Estambul, así como anteriormente en Arabia Saudí y Marruecos, indican las amenazas que se ciernen sobre la estabilidad de la región. El informe de las Naciones Unidas sobre el desarrollo humano en el mundo árabe señala que la dilación de la democracia y el estancamiento de las reformas políticas han ralentizado sustancialmente el crecimiento económico. Tampoco debemos permitir que el fundamentalismo y el terrorismo minen los esfuerzos encaminados a hacer avanzar la región mediterránea. La magnitud de estos problemas debe inducirnos a reforzar el Partenariado Euromediterráneo, no a dejarlo de lado.

Se habla a menudo del «choque de civilizaciones», y sin duda la cultura y la identidad constituyen muchas veces el núcleo de los conflictos mundiales más intrincados. Pero también pueden facilitar su solución. Más que nunca, tenemos que reafirmar que las diferencias culturales pueden ser un puente que nos acerque, no una barrera que nos separe. Aprendamos a fomentar la comprensión de nuestras culturas mediante el diálogo. Con este objetivo, en Nápoles queremos lanzar una Fundación Euromediterránea para el Diálogo

Intercultural, que actuará como catalizador de las iniciativas destinadas a reforzar la comprensión mutua en toda la región, ofreciendo un foro en el que los ciudadanos puedan hacerse oír.

Espero que la sociedad civil de los países mediterráneos, aun excesivamente débil, tenga una participación activa en la Fundación. Para que un proceso de transformación social sea duradero debe también alentar a la sociedad civil a que aporte una contribución positiva y espontánea. En este sentido, los gobiernos de la región deben modernizar sus relaciones con los mercados y la sociedad civil, y deben hacerlo más rápidamente.

El diálogo entre nuestros pueblos debe también basarse en reformas políticas. En Nápoles vamos asimismo a establecer una Asamblea Parlamentaria Euromediterránea, que permita a los parlamentarios de ambos lados del Mediterráneo intercambiar ideas sobre el funcionamiento del sistema democrático en un Estado moderno, así como sobre el modo de luchar contra el terrorismo y la delincuencia organizada, respetando al mismo tiempo los derechos humanos y el Estado de derecho, incluido un poder judicial independiente. La Asamblea ofrecerá también un foro para que los parlamentarios de países como Marruecos y Jordania puedan compartir sus experiencias sobre cómo abordar la reforma democrática en el marco de una sociedad plenamente respetuosa con el Islam.

Las reformas económicas son igualmente importantes. Es necesario que nuestros socios puedan ofrecer a sus pueblos un futuro aceptable. A pesar de todos los esfuerzos realizados, que incluyen una cuantiosa ayuda económica y técnica, así como sustanciales concesiones comerciales, la brecha existente entre la UE y los países del sur del Mediterráneo en materia de prosperidad no disminuye. En la próxima década habría que crear cuarenta millones de puestos de trabajo solamente para poder mantener los índices de empleo a los niveles actuales. La aplicación de reformas institucionales y normativas es esencial para que nuestros socios mediterráneos puedan aprovechar plenamente las ventajas del libre comercio y atraer inversiones nacionales y extranjeras significativas. Estos cambios permitirían también que por fin despegara el comercio horizontal entre ellos mismos. Por esta razón, en Nápoles se acordará la forma que tomarán las operaciones de préstamos del Banco Europeo de Inversiones en la región con objeto de que tengan un impacto aún mayor en el desarrollo del sector privado. Creemos firmemente que la Unión Europea tiene la obligación de ayudar a sus vecinos mediterráneos. La defensa inteligente de nuestro propio interés es contribuir a la consolidación de la democracia y la prosperidad económica en todo el Mediterráneo, una región de importancia geoestratégica para la Unión Europea, aunque solo sea por los recursos energéticos y los flujos migratorios. Nos congratulamos de que los Estados Unidos y otros países estén empezando a seguir nuestra estrategia de apoyo a las reformas económicas y políticas. Pero en último término, son los propios países de la región los que tienen que demostrar el deseo y la determinación de lograr las libertades individuales y públicas y la apertura de los mercados, propias del siglo XXI. El informe de las Naciones Unidas sobre el desarrollo humano ya señalaba que el impulso de una reforma duradera del mundo árabe tiene que provenir de los propios países árabes. Nosotros solamente podemos contribuir, no podemos ser la fuerza motriz.

Los países mediterráneos tienen que dar pasos tangibles para lograr la plena

democracia y una economía de mercado, extender la educación a todos -en particular a las mujeres- y profundizar en el respeto de los derechos humanos. A cambio, la reciente iniciativa «Europa Ampliada» ha sido diseñada para incluir a nuestros vecinos en el mercado interior europeo ampliado, hasta el límite que ellos mismos fijen. Ofrecemos a nuestros vecinos -repito, tanto mediterráneos como de Europa Oriental- un acercamiento paralelo a las cuatro libertades fundamentales de la UE: la libre circulación de mercancías, servicios, capitales y personas. La voluntad de reforma de cada país será el elemento que determinará el ritmo de los avances en esta dirección. Se ha dicho que las fronteras son las cicatrices de la historia; por el contrario, esperamos que la ampliación de las fronteras de la Unión sea para nuestros vecinos la puerta hacia un futuro mejor.

Los tiempos que corren no son fáciles. Es absolutamente necesario un enfoque común para poder llevar adelante conjuntamente el futuro de una región cuyo destino muchas veces se ha supeditado a decisiones tomadas en otra parte. Como la Unión Europea, el Proceso de Barcelona no es un fin en sí mismo, sino que nos brinda la posibilidad de asumir nuestras responsabilidades en la región, razón por la cual debemos sacar el mayor partido posible de la reunión de Nápoles. Como dijo William Shakespeare, «el destino es el que baraja las cartas, pero somos nosotros los que jugamos». Y no podemos perder la partida.